

tiempo que se fué y un pedazo de tiempo que ha llegado . . . » «Pasaba un indio por la calle fría, solitaria y oscura, rasgueando las cuerdas de su tiplecito y clamando así, repetidas veces: — « ¡ Ah . . . maldito corazón ! »

Afirma el doctor Melguizo, con eufemismo delicado, que el indio, en vez de «maldito», le aplicaba al corazón una frase que el uso ha querido convertir en sustantivo y adjetivo.

«Sentía mal-nacido, hijo sin madre, su propio corazón», escribe.

Pasaron años, y una noche de Año Nuevo se encontraron en un restaurante de París el doctor Melguizo, que regresaba de Rusia; el doctor José Macía, que regresaba del Japón, y don Miguel Gutiérrez, un gentilhombre de Manizales, que vive en París hace mucho tiempo.

Por ser Año Nuevo, Melguizo recordó el episodio del indio del «maldito corazón», se lo contó a sus compañeros, y Miguel Gutiérrez que tiene el alma abierta a toda idea de arte y a toda nobleza, improvisó unos sentidos versos, que el doctor Macía copió, los trajo a Bogotá y se los entregó a Alejandro Wills. Son estos los versos que, con música del popularísimo trovador, hemos oído conmovidos:

La india se largó con otro,  
y él, al verse sin compañía,  
quemó el rancho, silbó el perro,  
y se echó el tiple a la espalda.